
El pensamiento de Ludwig Von Mises

A LA HISTORIA SE ENTRA A EMPELLONES. Pero cuando se llega a ella, así sea con un pellizco, se produce un fenómeno de absorción, casi mágico, que atenaza al personaje. Y parecería que, en ese trance, se encuentra ahora Ludwig von Mises, un elegante profesor vienés de economía, fallecido hace 20 años en Estados Unidos, en medio de la más feroz marginación académica. Una feroz marginación académica es, en Estados Unidos

—lugar donde vivió el profesor Mises durante 33 años—, ser profesor visitante de la Universidad de Nueva York, un rango y una institución que, para la academia norteamericana, significa tanto como ser en Colombia profesor nocturno de la Universidad Libre.

Y fue apartado del círculo notable de la docencia universitaria por la misma razón por la que ahora se le admira universalmente: por haber demostrado el daño que

causa la intervención del Estado en la economía y haber anunciado, con 70 años de anticipación, el estruendoso fracaso del modelo marxista.

Mises condujo su vida terca-mente, sin ceder un milímetro en sus teorías, como tampoco se lo cedió a él la suerte. Cuando fue llamado a dictar por primera vez una cátedra en la Universidad de Viena, tuvo tan escasa capacidad de convicción entre sus propios colegas que jamás obtuvo retribución monetaria alguna y, por lo mismo, dejó de emplearse como asesor de la Cámara de Comercio austríaca. También el idioma pareció empeñarse contra él. Cuando su famosa obra *Teoría del dinero y el crédito* se tradujo en 1934 al inglés, para ser dada a conocer a la academia angloamericana, fue demasiado tarde. Otro economista, John Maynard Keynes, le ganaba por una nariz, con tesis diametralmente opuestas, y se convertía en punto de referencia intelectual. Keynes aparecía en escena con ensoñadoras teorías, que pronto irrigaron por el mundo el intervencionismo estatal, expresión que el propio Mises inventó para bautizar la revolución keynesiana.

Al contrario de Keynes, que con sus estudios justificaba la inflación y el déficit presupuestal como instrumentos para atajar las recesiones económicas, Mises propugnó, sin éxito entonces, por detener la creación de dinero, mantener estáticos los salarios, no

ampliar el consumo artificialmente, ni adelantar inversiones estatales. Todo ello, con el propósito de eliminar, hacia el futuro, la presencia de peores malestares económicos que la recesión en sí misma.

Nadie, entonces, quiso animarse a atender unas ideas que se ahogaban, sepultadas por la gigantesca ola keynesiana. Esa misma ola que lo arrojó hasta una playa desierta donde pronto empezó a reinar contra Mises la conspiración del silencio. Llegaba así a Estados Unidos, después de haber ejercido como profesor de relaciones internacionales en Ginebra entre 1934 y 1940, para soportar nuevos embates del academicismo oficial.

Su rechazo en Norteamérica contrastó con la acogida con la que se favoreció a otros exiliados de la academia europea, con cuya presencia se fortalecieron aún más las tesis estatistas esgrimidas por Keynes. Con categoría de ciudadano de segunda, Mises no tuvo más remedio que acudir con sus enseñanzas a la Escuela de Graduados de Administración de la Universidad de Nueva York. Y ello, gracias a que un viejo amigo suyo se había atrevido a desafiar el veto que a Mises le había impuesto la docencia norteamericana.

El espectáculo allí debió haber sido grotesco. Ante un auditorio compuesto de estudiantes, empeñados si acaso en buscar la manera de ordenar correctamente libros de contabilidad, Mises les hablaba de la necesaria independencia del sistema monetario frente al poder

público, del ciclo económico, la praxeología y de todos aquellos otros temas sobre los que escribía e investigaba con excesivo rigor científico.

Mises consideró que el centro de la economía es el hombre mismo y, como tal, la ciencia económica no puede estructurarse como una ciencia física, bajo el espectro newtoniano. Su conducta variable no puede abordarse a través del cálculo diferencial, ni de la estadística, ni de la econometría. El hombre no es una ecuación para despejar. La mutación humana —concluía— es la más poderosa razón que tienen las sociedades y sus gobernantes para no creerles los pronósticos a los economistas.

Por eso inventó la praxeología, conocida popularmente como la teoría general de la acción humana, que consiste en comprender al hombre en sus deseos, errores, individualidad, por fuera de las leyes cuantitativas y las funciones matemáticas que operan en las ciencias físicas. Estimó que la función fundamental del economista es la de ilustrar al político sobre los medios que deben emplearse para asegurar el mayor bienestar y justicia para los pueblos. Y, por lo mismo, llamaba seudoeconomistas a quienes estimulaban en los políticos las promesas imposibles y espectaculares.

Cuando invitaba a participar a sus alumnos les decía: “No les amedrente hablar, señores. Tengan presente que, por erróneo e

infundado que parezca lo que ustedes quieren decir, lo mismo ya fue dicho por algún eminente economista”.

El alcance de su influencia

Su influencia en el desarrollo económico fue palpable, a través de sus discípulos, en la reestructuración de las economías europeas de la posguerra, en especial en Alemania, donde William Röpke, alumno suyo, apadrinó intelectualmente el proceso de conversión de la destruida economía nazi en la de mercado. Sus enseñanzas, incluso, llegaron a México, bajo el gobierno de Manuel Avila Camacho, a finales de la década del cuarenta, y se tradujeron en una etapa de estabilización económica, expresada en tasas de crecimiento que bordearon el 8 por ciento.

Partidario intransigente de la libertad económica, el profesor Mises, desde 1920, puso en evidencia la inconsistencia del socialismo y, con su análisis económico, aseguró que el modelo no soportaría una moderna economía industrial. Su razonamiento fue elemental: como en el régimen socialista no existen los precios, entonces los costos resultan ignorados y, por tanto, la tierra, el capital y el trabajo terminan por ser distribuidos de manera ineficaz. Y así fue, precisamente, como el muro de Berlín se vino abajo.☉

Mario Jaramillo